

abandonada. Pasó por cima de los adoquines y se encontró al otro lado del obstáculo. Iba siempre muy cerca de los guardacantones y guiándose por las fachadas de las casas. Un poco más allá de la barricada le pareció distinguir alguna cosa blanca; se acercó y vió dos bultos: eran dos caballos blancos; los del ómnibus que desenganchó Bossuet por la mañana, los cuales habían andado errantes todo el día y habían concluido por pararse allí con esa paciencia sumisa de los animales que no comprenden las acciones del hombre, lo mismo que el hombre no comprende las acciones de la Providencia.

Mario pasó adelante. Cuando llegó á una calle que le pareció la del Contrato Social, oyó un tiro que no sabía de dónde venía; el fogonazo atravesó la obscuridad, pasó á su lado y la bala fué á dar por cima de su cabeza en una bacía colgada á la puerta de una barbería. En 1846 se veía aún en la calle del Contrato Social, en el extremo de los pilares del Mercado, esta bacía agujereada.

Hasta aquel punto todo era aún vida; á partir de aquel momento, ya no encontró nada.

Todo este itinerario parecía una bajada por una escalera de sombrías gradas.

Pero no por eso se detuvo Mario.

PARÍS Á VISTA DE BUHO

Un ser que hubiera podido cernerse sobre París en aquel momento con las alas del murciélago ó del mochuelo, habría descubierto un lúgubre espectáculo.

Todo el antiguo barrio del Mercado, que es como una ciudad dentro de otra, atravesado por las calles de San Dionisio y de San Martín, en que se cruzan mil callejuelas, de las cuales habían hecho los insurgentes sus reductos y su plaza de armas, se le habría presentado como un enorme agujero sombrío en el centro de París. La mirada se perdía allí en un abismo; y á causa de los faroles rotos y de las ventanas cerradas, allí cesaba toda luz, toda vida, todo rumor, todo movimiento. La policía, invisible del motín, velaba por todas partes y conservaba el orden, es decir, la noche; porque la táctica necesaria de la insurrección es ocultar á los pocos en la gran obscuridad, multiplicar los combatientes con la posibilidad que puede encerrar la lobreguez. Al caer el día, todas las ventanas en que había luz habían recibido alguna bala que apagaba la luz, y alguna vez también la vida del vecino. Así nada se movía: reinaba sólo el temor, la tristeza, el estupor en las casas; y

en las alles una especie de horror sagrado. Ni aún se distinguían las largas filas de ventanas y balcones, los cañones de las chimeneas, los tejados, los vagos reflejos que salen siempre del empedrado lleno de agua y lodo.

El que hubiera mirado desde lo alto este conjunto de sombras, habría descubierto quizá aquí y allá, de distancia en distancia, algunos resplandores que permitían ver líneas quebradas y caprichosas, perfiles de extrañas construcciones, algo semejante á luces que fueran y vinieran por entre ruinas: eran las barricadas. El resto era un lago de obscuridad, brumoso, pesado, fúnebre, por encima del cual se elevaban sombrías, inmóviles y lúgubres, la torre de Santiago, la iglesia de Saint-Merry y otros dos ó tres edificios, de esos que son gigantes hechos por el hombre y que la noche convierte en fantasmas.

Al rededor de este laberinto desierto y alarmante, en los barrios en que aún no había cesado la circulación, en que aún había algunos faroles, el observador aéreo habría podido distinguir el centelleo metálico de los sables y bayonetas, el sordo rumor de la artillería y el latido de los batallones silenciosos que aumentaban de minuto en minuto: muralla formidable que se estrechaba y cerraba al rededor del motín.

El barrio de la insurrección no era más que una especie de monstruosa caverna: allí todo parecía dormido ó inmóvil, y, como acabamos de decir, cada calle no ofrecía más que una espesa sombra.

Sombra terrible, llena de peligros, de obstáculos desconocidos y espantosos; sombra en que era temible penetrar y espantoso permanecer, donde los que entraban temblaban ante los que esperaban, y los que esperaban temblaban ante los que venían; combatientes invisibles ocultos en las esquinas; las bocas

del sepulcro ocultas en las espesuras de la noche. Allí no podía esperarse más claridad que el relámpago de los fusiles, ni más encuentro que la aparición brusca y rápida de la muerte. ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo? No se sabía; pero era una cosa cierta é inevitable. Allí, en aquel lugar designado para la lucha, el gobierno y la insurrección, la guardia nacional y las sociedades populares, el orden y el motín iban á tientas. Para unos y para otros la necesidad era la misma. Salir de allí muertos ó vencedores: esta era su única salida. Situación de tal modo extrema, obscuridad de tal modo poderosa, que los más tímidos se sentían llenos de resolución y los más atrevidos de terror.

Por lo demás, había por ambas partes igual furia, igual encarnizamiento, igual decisión. Para los unos, avanzar era morir, y nadie pensaba en retroceder; para los otros, quedarse era morir, y nadie pensaba en la fuga.

Era preciso que al salir el día quedase todo terminado, que el triunfo estuviese ya en uno ú otro bando, que la insurrección fuese una revolución ó un chispazo apagado. El gobierno lo comprendía así, lo mismo que los partidos, lo mismo que el último ciudadano.

De aquí nacía una idea de angustia que se mezclaba con la sombra impenetrable de aquel barrio en que todo iba á decidirse; de aquí un exceso de ansiedad al rededor de aquel silencio, de donde iba á salir la catástrofe.

No se oía más que un solo ruido; ruido doloroso como un gemido, amenazador como una maldición, el toque á rebato de Saint-Merry. Nada más glacial que el clamor de aquella campana perdida y desesperada, lamentándose en las tinieblas.

Como sucede muchas veces, la naturaleza pare-

cía haberse puesto de acuerdo con lo que los hombres iban á hacer: nada se oponía á las funestas armonías de aquel conjunto. Las estrellas habían desaparecido; pesadas nubes cubrían el horizonte con sus melancólicos pliegues. Había un cielo negro sobre aquellas calles muertas, como si se desplegara una inmensa mortaja sobre aquella inmensa tumba.

Mientras que se preparaba una batalla política en aquel sitio que había visto ya tantos sucesos revolucionarios; mientras que la juventud, las sociedades secretas, las escuelas en nombre de las teorías y la clase media en nombre de los intereses se aproximaban para chocar, para luchar y derribarse; mientras que cada uno se apresuraba y llamaba la hora última y decisiva de la crisis á lo lejos, fuera de este barrio fatal, en lo más profundo de las cavidades insondables de ese viejo París miserable que desaparece bajo el esplendor del París feliz y opulento, se oía sonar lúgubramente la sombría voz del pueblo.

Voz terrible y sagrada, que se compone del rugido de la fiera y de la palabra de Dios, que aterroriza á los débiles y avisa á los sabios, que viene siempre de abajo como el rugido del león, y de arriba como el estruendo del trueno.

III

LA ORILLA EXTREMA

Mario había llegado al Mercado.

Allí todo estaba más tranquilo, más oscuro y más inmóvil que en las calles cercanas. Parecía que la paz glacial del sepulcro había salido de la tierra y se había extendido por el cielo.

Sin embargo, por cima de las casas que cerraban la calle de la Chanvrerie, por el lado de San Eustaquio, se descubría una claridad rojiza. Era el reflejo de la antorcha que ardía en la barricada de Corinto. Mario se dirigió hacia esa claridad; siguiéndola, llegó al Mercado de Legumbres; descubrió la tenebrosa embocadura de la calle de Predicadores y entró en ella. La centinela de los insurgentes, que vigilaba al otro lado de la calle, no le vió. Conocía que estaba ya cerca de lo que iba buscando y andaba de puntillas. Así llegó al recodo del trozo de la calle Mondétour, que era la única comunicación conservada por Enjolras con lo exterior. En la esquina de la última casa, á la izquierda, adelantó la cabeza y miró en este trozo de calle.

Un poco más allá de la esquina que forma el callejón y la calle de la Chanvrerie, que producía la larga sombra en que estaba metido, descubrió algún